

pilla del Castillo de Birón, en Francia, propiedad del ilustre señor Pons de Gontaut, quien, acompañando a Carlos VIII a Italia en 1495, obtuvo permiso del Papa para tener en su mansión una capilla, y a ella fueron destinados los dos grupos.

Este trozo de erudición no es mío, sino que tal reza el catálogo: podéis, pues, perdonármelo...

### IX.—Instrumentos de música

La colección de instrumentos de música comprende unos tres mil seiscientos cincuenta, poco más o menos, de todas las clases, tamaños, edades y naciones.

Están cuidadosamente clasificados siguiendo el orden geográfico: Asia, Africa, Oceanía, Europa y América.

Del origen de la música se dice que es probablemente tan antiguo como el hombre. Tal vez, nuestro padre de la época de las cavernas, ya dedicó su primer rato a ensayar cómo sonaba una piel del animal que le había servido de alimento, tendida, ya seca, sobre huesos, como primitivo tambor o violín, pues todavía podéis ver en esta vitrina uno semejante, procedente de una tribu africana, en que la caja es nada menos que una calavera humana.

Y notad que la lira, símbolo de Apolo, es nada más que el arco, convertido por su gracia de instrumento de muerte en instrumento de vida y de belleza.

Y no seré yo el que os hable de cosa tan sabida como el poder de la música y del canto, dos cosas casi iguales: recordad, únicamente, que el divino Orfeo domesticaba con ellos a las fieras, y Solón a los hombres, que es más mérito todavía.

Del Africa y Oceanía, abundan los tambores, y toda clase de instrumentos rudimentarios, y temo que sería aburrido enumerarlos, pues carecen del atractivo de la forma y la leyenda.

Del Asia... Me lo tendréis que perdonar, pero yo soy un orientalista innato. Desde la tienda nómada, errante siempre en el desierto como el ensueño por la vida, hasta la pagoda, me han atraído estas cosas envueltas siempre en el misterio de lo desconocido, de lo enigmático, esta alma del Oriente, sutil como el aroma de los pebeteros, honda como los ojos indescifrables de sus mujeres.

Todo lo que tiene algo de ensueño, de poesía, de amor, todo lo que es ideal, viene de allá, envuelto en la tradición como en transparente velo de oro...

Y, oh, vosotros que aconsejáis al hombre que no sueñe, sino que trabaje, que desprecie la contemplación y se lance a la lucha no queréis acordaros de que toda la sabiduría, toda la ciencia de que os envanecéis, viene de allá también...

Que, mientras el rajah y el sultán dormitan sobre los tapices, los magos,—hoy tan mal traídos!—pasan las horas sobre sus geroglíficos, buscando los secretos de la vida a su manera... Oh, viejos magos fantásticos, que son ahora como ridículos personajes de comedia... Oh, viejos sacerdotes, que son apenas mencionados... Ya las constelaciones os habían dicho sus misterios, ya las matemáticas eran materia de vuestra especulación, ya las ideas se agitaban poderosas bajo vuestras cabelleras venerables...

Y ved aquí esta India, cuna de las civilizaciones... Ved los instrumentos de su música cruel y sensual, mística y panteísta: ved el tambor adornado con plumas de pavo real, ved el calabazo con abalorios, a cuyo son «el encantador de serpientes desenrosca la viviente pedrería del áspid»: ved la *vina* de cuerdas de plata que ritma los días perezosos de los reyes; ved la cítara de tres cuerdas; y los cascabeles de oro que se agitarán bulliciosos en los tobillos de las bayaderas que danzan frente al altar de Indra, en tanto se ofrenda el zumo de *soma*, grato a los dioses... Y en el aire, poblado por los

Devas, vienen, entre el aroma de los champacas, los sonidos roncros del *gong* que da las horas...

China, Japón, la Persia de los cuentos, la Arabia inquieta, hasta la Palestina sagrada... De la guzla nostálgica, a la trompeta bíblica, cada época ha dejado su recuerdo...

Europa... Aquí están el bandolín de Pierrot, que vestido de paje cantará a su dama, eterna Colombina. El aeda cambió su lira y su himno homérico, y ahora es bardo que entona canciones de amor al pie de los castillos, de estos viejos castillos de que gusta el lápiz y la imaginación de Gustavo Doré...

Y si el señor anda en Tierra Santa, o es duro y cruel, la castellana ha de enternecerse de seguro, que no es ella nada egoísta de su corazón y sus encantos...

Aquí está el arpa, hecha para acompañar las dulces baladas, verdadero instrumento de los ángeles... Me explico perfectamente que bajo su seducción suave Santa Cecilia entrase al cielo, y aún lo subyugase a su vez... Ved, los violines, que las manos de hada de Stradivarius dotan de quién sabe qué oculto poder para que luego de ellos brote, en raudales de armonía, el alma de Schumann, de Beethoven, de Schubert romántico, de Wagner epopéyico, de todos los que en una hora de genio supieron aprisionar el misterio divino del ritmo...

Y luego, ved los clavicordios... Oh, recuerdos de las bisabuelas, que todavía bailaban *minué*... Oh, aquellos años amables, en que la vida era un río sereno, cuyas raras turbulencias se sosegaban bajo el hechizo de las gavotas en los salones encantados de los palacios, y ante las gracias del «vizconde rubio de los desafíos, y el abate joven de los madrigales...»

También la América tiene aquí su representación: instrumentos indígenas de la América tropical, instrumentos modernos, hispanos y sajones, que carecen, ya lo adivináis, del encanto del pasado, pues no me inspira ninguna admiración esta larga serie de tambores, cornetines, saxofones y cosas por el estilo.

Notad, empero, como una nota de acierto, que gracias a Dios, no han añadido a estas colecciones la pianola y el fonógrafo los admiradores del Jazz-band!

Estas son,—a vuela pluma,—mis impresiones de las galerías del primer piso.

Por supuesto, que si hubiera tratado de detallar, apenas iría comenzando. Por lo que sólo he tratado de hacer un bosquejo de tantas y tantas cosas como han desfilado en horas de hondo placer ante mis ojos, insaciables de arte y de belleza.

RUBÉN YGLESÍAS HOGAN

